

Y en diablillos, por lo menos, nos convertimos, mi estimadísimo Sr. Penitenciario, no contribuyendo cuanto está de nuestra parte a dar a conocer todo trabajo que tenga por objeto a la que debe ser el idolo de nuestros amores. Y esto hacen casi sistemáticamente los periódicos y revistas que no dan importancia en sus bibliografías a los tratados de la Santísima Virgen, sin aperebirse que estamos en tiempos del *reinado de María* y se impone la necesidad de fomentar el espíritu mariano. Y esto es mucho más de lamentar cuando se sigue ese proceder con trabajos como los publicados en «Reparación Eucarística», número extraordinario, que son exageradamente teológicos, si cabe la frase muy a propósito para ir reconstituyendo la personalidad de la Santísima Virgen, como lo exigen los tiempos actuales y llenos de amor a nuestra divina Madre.

Es cierto que mucho se trabaja para volver a cristianizar el mundo, y que bastante se hace también para marianizarlo, como certísimo es que más nos preocupamos por trabajar para ese fin sobre las ramas que sobre la raíz; más en lo externo que en el espíritu; más en lo público que en lo privado; pero esto es táctica diabólica para que los trabajos de celo, no teniendo la debida consistencia, o perezcan facilmente, o no produzcan mejores frutos.

Yo espero, Sr. Penitenciario, que cuando el demonio vea que, convencidos todos de la necesidad de que la Santísima Virgen sea más conocida para que Cristo reine mejor, todos pongan sus manos en darla a conocer, y que en ello se ocupen como en obra capital, entonces él entenderá a los mariólogos en disputas más o menos enredadas para que más empeño tomen en defender opiniones, que en aseñar lo que, siendo fundamental y claro, debe ser del dominio o del conocimiento de todos. Y apoyo mi creencia en lo que la historia nos enseña con motivo del proceso doctrinal de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen y en que algunos mariólogos, sobre todo de la Nación vecina, empiezan a hacer algunas afirmaciones con las que no quedan muy bien parados algunos privilegios y gracias de María, las cuales, por dicha nuestra y para gran honor de España, tienen en su contra a nuestro insigne Suárez, que ya las refutaba, como si las presintiera.

Pero, en fin, todas estas cosas son inevitables dadas las trazas del infierno y la docilidad humana para secundarlas inocentemente, y por eso acabaré esta mi carta diciéndole lo mismo que aquel decía a su amigo quejoso: hagamos V. y yo lo que podamos, puesto que los dos tenemos palabra y revista para dar a conocer a nuestra divina Reina y para hacer que se propaguen todos los trabajos que traten de Ella, y ya estaremos dos, que eviten el mal que lamentamos, esto aparte de que hay muchos, muchísimos que no dejan de hacerlo.

Se encomienda a sus fervorosas oraciones, su affmo. hermano en Cristo s. s. y capellán q. b. s. m.

*Francisco Salvador Ramón.*